**LA PRIMERA POLÉMICA DE SANZ DEL RÍO
CON OCASIÓN DE SU COLABORACIÓN EN
LA 'GACETA DE MADRID' ***

Rafael V. ORDEN JIMÉNEZ
Departamento de Filosofía III
Universidad Complutense de Madrid
rorden@filos.ucm.es

Según Giner de los Ríos en el conocido artículo biográfico sobre su mentor filosófico, Julián Sanz del Río, el proceso que condujo al enfrentamiento entre éste y los neocatólicos sucedió como sigue: «contra este discurso», a saber, contra el discurso de apertura del año académico de 1857 á 1858 leído por Sanz del Río en la Universidad Central,

«se acentuó con violencia la hostilidad, rota ya años atrás en el diario carlista “La Esperanza”, por su director don Pedro de la Hoz, contra la *Historia* de WEBER y especialmente contra las introducciones, suplementos y notas del traductor, y que ahora arreció contra el *Discurso* y, en general, contra la enseñanza de su autor, por obra de Ortí y Lara, Torre Vélez y otros del grupo político-religioso, que entonces era comúnmente llamado “neo-católico”, derivado de Donoso Cortés, y que principalmente representaban “El Pensamiento Español”, “La Regeneración” y otros diarios»¹.

Tal y como señala Giner, el discurso de apertura del curso académico de 1857 leído por Sanz del Río en el paraninfo de la Universidad de Madrid

---

* Este artículo, y la conferencia de la que procede, es resultado de las investigaciones que hemos desarrollado dentro del Proyecto de Investigación: «La labor filosófica y docente de Sanz del Río en la Universidad Central (1854-1869)», financiado por la Comunidad Autónoma de Madrid bajo el número: 06/HSE/291/2004.

¹ F. GINER DE LOS RÍOS: «En el centenario de Sanz del Río. Por un discípulo»: P. DE AZCÁRATE: *Sanz del Río (1814-1869). Apunte biográfico por F. Giner de los Ríos. Documentos, Diarios y Epistolario*, Madrid, Tecnos, 1969, pp. 30 ss.

fue la circunstancia que dio lugar al severo y prolongado enfrentamiento entre neocatólicos y krausistas. La polémica la emprendió Ortí Lara desde las páginas de la revista granadina de *La Alhambra*, y a ella se unió luego la prensa tradicionalista capitalina, en concreto, el influyente diario absolutista *La Esperanza*. Fue ésta una polémica, en cierta medida, injusta, pues Sanz del Río se preocupó en aquella ocasión de elaborar un texto literariamente muy cuidado con un contenido mesurado, que incluía referencias y citas de los Padres de la Iglesia, Santo Tomás, Balmes, etc., todo ello para evitar levantar las suspicacias y protestas de los sectores más intransigentes con la modernidad. Tal fue así que Ortí Lara hubo de provocar una lectura entrelíneas para demostrar que Sanz del Río había planteado subrepticamente en su discurso una serie de ideas que eran motivo de alarma e iniciar con ello la consabida polémica.

En cualquier caso, esta denuncia desde Granada no habría tenido tanta intensidad, amplitud y repercusión si no fuese porque los sectores tradicionalistas capitalinos estaban ya predisuestos contra Sanz del Río y decididos a ajustar cuentas con quien desde hacía varios años venía divulgando unas ideas que les desagradaban sobremanera y que, entretanto, le habían servido al catedrático de la Universidad de Madrid para reunir a un grupo de jóvenes intelectuales dispuestos a seguirle en su aventura filosófica. Si no iniciaron antes la polémica, ello fue porque a Sanz del Río lo habían tenido en un primer momento por uno de los suyos, y luego, cuando fueron descubriendo que esto no era así, porque apenas encontraron ocasión para hacerlo, dada la escasez de sus publicaciones y la ambigüedad de la mayor parte de sus declaraciones. De hecho, Sanz del Río ya tenía conocimiento de esta animadversión hacia él de una parte de los sectores más conservadores, y por ello elaboró el texto tan comedido que hemos señalado. Hubo de ser entonces Ortí Lara quien, desde una provincia y por motivos que sospechamos que no tuvieron que ver directamente con Sanz del Río, inició la polémica aprovechando la ocasión brindada por un texto no sólo impreso sino, además, leído en un acto institucional con destacada presencia de políticos e intelectuales, como era el de la inauguración de un nuevo curso académico en la Universidad de Madrid. Al comprobar cómo reaccionaba al unísono contra Ortí Lara el grupo comandado por Sanz del Río, la prensa tradicionalista capitalina decidió entonces intervenir en favor de aquél, e hizo un frente común contra el catedrático de la Universidad Central para que no pasase lo sucedido dos años antes, a saber, que salió indemne y casi fortalecido de una polémica similar con esa misma prensa.

Es esta situación de soterrada antipatía previa al discurso a la que se refiere Giner cuando afirma en su artículo que las hostilidades habían

comenzado antes de aquel año de 1857. Ahora bien, se confunde el discípulo de Sanz cuando culpa al periódico *La Esperanza* de haberlas emprendido, pues ese diario, catalogado habitualmente de carlista, fue, precisamente, el que durante varios años respaldó al catedrático de la Universidad Central; y tampoco acierta Giner cuando aduce como motivo desencadenante de tal enemistad la traducción ampliada hecha por Sanz del Río del *Compendio de Historia universal* del alemán Weber, impresa entre 1853 y 1856. Como pretendemos probar a continuación, la causa que, realmente, dio lugar a tales hostilidades fueron unas recensiones publicadas por Sanz del Río en 1855 en la *Gaceta de Madrid*, las cuales desencadenaron, en efecto, una ruda polémica de la que, además, sí que fue responsable, en gran medida, el catedrático madrileño, primero, porque fueron desafortunados la forma y el modo como planteó una serie de ideas que disgustaron a los neocatólicos y, segundo, porque, una vez comenzada la polémica, se mostró poco dispuesto a darle una solución conciliatoria a la vez que rotunda.

LA EVOLUCIÓN IDEOLÓGICA DE SANZ DEL RÍO

Para calibrar exactamente la importancia de esta polémica es preciso situar, aunque sea muy brevemente, los orígenes político-ideológicos de Sanz del Río y su ulterior evolución. La entrada de la filosofía de Krause en España hay que atribuírsela, según el reciente estudio de Capellán de Miguel, a Santiago de Tejada, miembro destacado del partido moderado y, en concreto, de una de sus alas conservadoras, la vilumista, muy interesada en que la acción del Gobierno español respetase los intereses de la fe y la Iglesia católicas². Tejada anduvo por Alemania entre 1837 y 1839 haciendo acopio de obras de Krause y krausistas alemanes, y fue luego Sanz del Río, aconsejado por aquél, quien recaló en 1843 en el mismo lugar donde el pionero del krausismo español se había avocindado, Heidelberg. Los escasos escritos previos al viaje inducen a considerar que Sanz del Río compartía muchas tesis doctrinales propias de los moderados, y que su aprecio por la filosofía de Krause atendía, justamente, al interés que tenían en ella algunos intelectuales de este ala del liberalismo, como el ya mencionado Tejada o el catedrático de la Universidad Central, Eusebio María del Valle.

Entre tales tesis destacamos dos, una primera, la de facilitar los principios filosóficos que fijasen el orden social e hiciesen innecesaria la revolu-

---

² G. CAPELLÁN DE MIGUEL: «El primer krausismo en España: ¿moderado o progresista?», en: M. SUÁREZ CORTINA (ed.): *Las máscaras de la libertad. El liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2003, pp. 169-201.

ción, una de las preocupaciones prioritarias del moderantismo³, y otra segunda, la de considerar la religión un pilar fundamental de la organización social y asegurar, además, que la fe católica, por su estructura eclesial, ofrecía mayores ventajas que la protestante en una época como ésa, de carácter posrevolucionario, tal y como se estaba comprobando en el país donde ambas fes cristianas se enfrentaban, Alemania⁴. En nuestra opinión, no cabe duda que la asimilación que hizo Sanz del Río de la filosofía krausista antes de su marcha a Alemania en 1843 hay que vincularla a su afiliación ideológica al moderantismo.

Tras regresar de Heidelberg, Sanz del Río mantuvo las amistades moderadas trabadas antes de su marcha, pero, en cambio, se fue distanciando de los principios ideológicos que propiciaron la evolución política del moderantismo y que avalaban la práctica de sus gobiernos, sobre todo, a partir del presidido por Narváez en 1847 y, aún más, con el de Bravo Murillo de 1851. Mientras Sanz del Río, separado de la práctica política y dedicado al estudio, se mantuvo fiel a los principios ilustrados que dieron origen al liberalismo

---

³ Así se comprueba en el escrito que presentó al Gobierno en 1841 para que fuese introducida una nueva materia en los estudios de Derecho civil, la Filosofía del Derecho; véase cómo argumentaba Sanz del Río para lograr su fin: «Con razón se ha caracterizado el siglo precedente, [a saber, el XVIII,] como siglo de emancipación y de demolición. [...] Hoy el pensamiento y el trabajo son libres; el campo social está allanado. Pero no basta que el hombre se halle en la segura posesión de sus derechos; ahora debe usar de ellos, y usar bien; porque jamás hubiera sido un derecho la libertad, si con ella el hombre y la sociedad no tuvieran grandes y eternos deberes que cumplir. [...] Una de las bases de organización que ante todas y con mayor aplicación se han dedicado a reconstruir los genios pensadores es la base del Derecho; y esto no es al acaso. La nueva vida social repartida en todas sus esferas de acción no sería sin el Derecho mas que un accidente, una serie fatal de acciones y reacciones, no sería progreso, sino confusión, espantoso desorden; la revolución anterior hubiera sido un crimen, un puro mal. La Filosofía, después de haber hecho libre al hombre, debe sujetarlo al Derecho»; documento publicado por R. V. ORDEN JIMÉNEZ: *Sanz del Río en la Universidad Central: los años de formación (1837-1854). Con un Anexo documental*, Madrid, Facultad de Filosofía - UCM, 2001, pp. 135 ss. (documento de Sanz del Río, 27-X-1841).

⁴ Escribía en un artículo de 1842 lo que sigue: «esta repentina inclinación de los espíritus [alemanes] hacia la antigua fe religiosa se observaba entonces no sólo entre los católicos, sino también entre los protestantes; pero se mostró más viva y general en aquéllos, porque continuaba firme e inalterable la doctrina católico-romana [...]. Un gran número de hombres [alemanes] distinguidos, obligados a pensar seriamente sobre cuestiones religiosas, se convirtieron ya en público ya en secreto a la iglesia católica. Aun en los gobiernos protestantes se mostraron abiertamente amigos y favorecedores del culto católico, y en todos los estados obtuvo la corte romana concesiones que ella misma no se hubiera atrevido a exigir formalmente»: J. SANZ DEL RÍO: «Examen filosófico de la Alemania desde la Revolución francesa»: *Revista de España y del extranjero* I (1842) 203-214 y 249-265, pp. 260 s.

español y que los propios moderados habían defendido en su momento combatiendo la invasión napoleónica y oponiéndose al absolutismo fernandino, en cambio, sus amistades políticas moderadas previas a su viaje, instaladas en el poder desde 1844, conforme avanzaba el reinado isabelino, habían ido sacrificando esos principios por los que previamente habían luchado y adoptando en su lugar otros distintos, cada vez más próximos a los que les ofrecía una filosofía tradicionalista. Esos gobiernos moderados, por ejemplo, fueron disminuyendo de modo creciente la libertad de opinión, y comenzaron también a castigar con excesivo rigor cualquier revuelta popular.

Ahora bien, lo que hubo de causarle a Sanz del Río mayor malestar fue la involución a la que dichos gobiernos sometieron el proceso de secularización que, iniciado tras la muerte de Fernando VII, había contado por aquel entonces con el apoyo de los propios moderados e, incluso, había estado entre sus objetivos prioritarios.

Esta involución, además, quedó consagrada con la firma del Concordato de 1851, que, entre otras cosas, reconocía a la Iglesia el derecho a controlar e inmiscuirse en la orientación doctrinal del Estado y sus instituciones, algo que afectaba a un ámbito cuya autonomía interesaba sobremanera a Sanz del Río y que se nombraba específicamente en el Artículo II del Concordato, el educativo⁵, pues el sistema de instrucción pública era en el que él tenía depositada su confianza para lograr una reforma pacífica del país, la cual estimaba que quedaría frustrada en el mismo momento en el que la enseñanza pública perdiera su autonomía científica, tal y como había sucedido tras conceder el Concordato a la Iglesia el derecho a intervenir en los contenidos docentes.

Cuando años después comentase Sanz del Río el Concordato, dentro del cuarto volumen del *Compendio de Historia universal*, impreso en 1856 bajo la tutela en esta ocasión de un gobierno progresista, escribía que fue negociado por un gobierno moderado que pasó «por grados a manos de un partido reaccionario», que era inconstitucional, y, en concreto, en lo que toca al sistema educativo y a ese Artículo II mencionado, señalaba que el Concordato concedía «a los Obispos la vigilancia sobre la instrucción pública, a título de la

---

⁵ «En su consecuencia, la instrucción en las universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas o privadas de cualquier clase, será en todo conforme a la doctrina de la misma religión católica; y a este fin no se pondrá impedimento alguno a los Obispos y demás Prelados diocesanos encargados de su ministerio de velar sobre la pureza de la doctrina de la fe y de las costumbres, y sobre la educación religiosa de la juventud en el ejercicio de este cargo, aun en las escuelas públicas»: *El Concordato de 1851 anotado con las Leyes, Decretos y Disposiciones que se han publicado en su aclaración por D. Antonio Elías de Molíns*, Madrid 1882, p. 4.

pureza en la doctrina», lo cual era para él un «artículo vago y de sentido odioso, que pudiera llegar según los tiempos a aumentar los índices expurgatorios en que se cuentan ya todos los regalistas españoles, y hasta los ferrocarriles condenados por Gregorio XVI, y cosas por el estilo»⁶.

Sanz del Río tenía, además, no sólo motivos políticos para detestar a la altura de 1851 el moderantismo, sino también filosóficos, pues, como hemos señalado, la acción de los gobiernos moderados había comenzado a nutrirse ideológicamente del tradicionalismo antiilustrado, personificado, sobre todo, por Donoso Cortés, cuyas ideas repudiaba sobremanera, pues ellas venían a representar todo lo contrario de lo que él defendía, la filosofía de raigambre ilustrada importada de Alemania y que había ido asimilando durante sus años de retiro en Illescas, la de Krause.

En esta evolución hacia el progresismo o, mejor dicho, en este distanciamiento de los moderados -pues, en nuestra opinión, Sanz del Río nunca fue, propiamente, un progresista, como sí lo serían luego sus discípulos-, le acompañó un amigo de aquella etapa previa al viaje, entusiasta, como él, de la filosofía krausista, en su caso, de la teoría jurídica, y militante activo con el paso de los años en las filas progresistas; nos referimos a Ruperto Navarro Zamorano, traductor en 1841 del *Curso de Derecho natural* del krausista alemán Ahrens. Muy probablemente, fue gracias a Navarro Zamorano como Sanz del Río, aislado en Illescas, pudo contactar y tener acceso al mundo editorial de los progresistas en los últimos años cuarenta y primeros cincuenta. De esta evolución, en cualquier caso, sólo hubieron de tener noticia amistades muy contadas, con las que comentase sus decepciones políticas bien por carta o bien en conversaciones privadas, y ni Donoso Cortés, al que Sanz del Río contaba en 1851 con enviarle un ejemplar del libro que proyectaba publicar inmediatamente, el «Ideal de la humanidad»⁷, ni sus más íntimas amistades moderadas, como Tejada, habían de tener conocimiento de esta circunstancia.

De hecho, fue de estas amistades de quien obtuvo parte de la ayuda económica necesaria para financiar la impresión de los dos primeros volúmenes del *Compendio de Historia universal*, aparecidos en 1853⁸, y esto explica también que fuese un gobierno moderado el que accediese a declarar el primero

---

⁶ G. WEBER: *Compendio doctrinal de la Historia universal hasta 1852, ampliado en general y en relación a España por el Dr. D. Julián Sanz del Río, Tomo IV: Historia de las Revoluciones*, Madrid 1856, p. 438.

⁷ Así se desprende de P. DE AZCÁRATE : ob. cit. *supra* n. 1, p. 175 (nota de Sanz del Río, 29-X-1852).

⁸ Así lo destaca G. CAPELLÁN DE MIGUEL: art. cit. *supra* n. 2, p. 182 n. 7.

de tales volúmenes libro de texto recomendado para la enseñanza de la Historia, como quedó recogido en una Orden del 18 de noviembre de 1853⁹.

La repercusión que tuvo en la prensa el primero de los volúmenes, dedicado a la Edad Antigua, avala la tesis que ofrecemos de la buena imagen de la que gozaba Sanz del Río tanto entre los progresistas como entre los moderados¹⁰. De su aparición se hicieron eco dos revistas progresistas, *El Clamor Público* y *La Ilustración*, ambas elogiosas con el libro, aunque en menor medida que sus rivales ideológicas. También publicó una reseña un periódico de índole fusionista, el *Diario español político y literario*, firmada por el ya por entonces discípulo de Sanz del Río, Ruiz de Quevedo. Pero las más destacadas eran las recensiones aparecidas en dos diarios de ideología netamente tradicionalista, el primero, uno de los órganos casi oficiales del partido moderado, *El Herald*, que, aunque anónima, tenemos razones suficientes para sospechar que esa reseña fue redactada por el propio Sanz del Río, lo que probaría sus buenas relaciones con sus responsables editoriales; y, el segundo, también sin firma, en *La Esperanza*, cuyo editor, tras declarar los temores que provocaba entre ellos una obra procedente de un país protestante, como era Alemania, consideraba en esta ocasión que no había razones para tal aprensión por la confianza que le merecía su traductor, Sanz del Río, quien era garantía suficiente de la ortodoxia del libro traducido¹¹. El editor de *La Esperanza*, no obstante, advertía que no había tenido ocasión de leer ese primer volumen con detalle, y, por tanto, que, al margen de las opiniones que ahora emitía, se reservaba el juicio definitivo hasta contar con la totalidad de la obra y proceder a su lectura.

En realidad, prácticamente nadie hubo de entretenerse en leer ni ese primer volumen ni el que inmediatamente le siguió a continuación, el dedica-

---

⁹ Sobre los trámites que condujeron a esta declaración de libro oficial, véase R. V. ORDEN JIMÉNEZ: ob. cit. *supra* n. 3, pp. 93 s. y los documentos oficiales correspondientes en pp. 180 ss.

¹⁰ Sobre la serie de recensiones que nombramos a continuación, véase nuestro artículo «La aproximación ideológica de Sanz del Río al liberalismo progresista y su primera polémica con la prensa tradicionalista»: *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 22 (2005) 177-245. Ahí sólo se omite un dato que hemos descubierto con posterioridad e incluido en este artículo, a saber, la reseña aparecida en *La Censura*, que comentamos a continuación.

¹¹ «El autor [esto es, Weber] es protestante; pero de la escuela que mira como perjudicial a los intereses de la religión cristiana el fraccionamiento introducido por las sectas. La ortodoxia del traductor, y la censura eclesiástica a la que la obra está sometida, garantizan la salvedad del dogma católico, y la supresión de cualquier error sustancial que en las doctrinas hubiera podido cometerse en un tratado escrito para el uso de escolares educados bajo la Reforma»: *La Esperanza. Periódico monárquico*: N.º 2006 (21-IV-1853); sección «Variedades. Bibliografía».

do a la Edad Media, en el cual, dada la época tratada, era inevitable que incluyese juicios sobre el cristianismo y la Iglesia católica. Sólo el colaborador de una revista que se cuidaba de hacer la labor de censura que ya no podía realizar la desaparecida Inquisición, al tener noticia de que era declarado libro de texto recomendado por el Gobierno, procedió a hojear el contenido de la obra; nos referimos al editor de *La Censura. Revista mensual*, la misma publicación que, curiosamente, ya había advertido ocho años atrás del peligro que se corría con el uso como manual para la enseñanza del *Curso de Derecho natural* de Ahrens¹².

El recensor debió de quedar sorprendido con el trato dado a los hechos históricos que afectaban al cristianismo, y esto provocó que en el número de noviembre de 1853¹³, el mismo en el que se anunciaba el cierre de la revista por falta de apoyo y financiación, saliese a la luz una extensa recensión en la que eran reproducidos destacados textos del *Compendio* en los que el editor consideraba probado el maltrato dado a la historia tanto de España como de la Iglesia. En sus juicios, el recensor no tenía reparo en emplear calificativos como los de «falso», «gratuito», «injurioso» y «erróneo», además de expresiones como «mentira con visos de calumnia», «ofensivo para los católicos», etc., y denunciaba cosas tales como que se afirmase que no había motivos para que los españoles nos sintiésemos orgullosos de la defensa de Numancia o, en lo que toca a la historia de la religión, que se asegurase que «las comuniones cristianas se gobernaban al principio *en forma democrática* [...] y que con la propagación del cristianismo desapareció sucesivamente la igualdad fraternal de los primeros tiempos». Pero no era el autor alemán de la obra, supuesto responsable de tales afirmaciones, con quien se ensañaba el censor, sino con el traductor español, Sanz del Río, a quien le cabía la culpa tanto de la elección hecha de la obra a traducir como de haber mantenido comentarios de ese tipo en su traducción. Lo más destacado de la recensión consistía, además, en que, a partir de las notas introducidas por el propio Sanz del Río en la traducción, quedaba probado cómo éste compartía las mismas opiniones que el historiador teutón: los dos primeros volúmenes del *Compendio de Historia universal*, señalaba el recensor, son un «precioso documento para acabar de conocer las tendencias del traductor», esto es, para, por fin, poder desenmascarar a este entusiasta de la filosofía alemana que tantos favores estaba recibiendo de un gobierno moderado. Sanz del Río era adscrito en la recensión a lo que el editor denominaba «humanitarismo», esto es, a esa

---

¹² *La Censura. Revista mensual*: N.º 10 (IV-1845) pp. 74-76.

¹³ *La Censura. Revista mensual*: N.º 107 (XI-1853) pp. 851-854; sección «Historia».

filosofía nacida del enciclopedismo francés y responsable, entre otras cosas, del creciente ateísmo reinante en Centroeuropa; o, dicho esto mismo de otra manera, el recensor advertía de que en Sanz del Río había que temer un enemigo de la institución eclesial y contar con que promovía esas ideas que sustentaban los amenazantes regímenes políticos de los nuevos tiempos centro-europeos.

Probablemente, esta censura puso ya sobre aviso a alguno de los que habían financiado la publicación así como a quienes, en ese mismo momento, estaban prestando su apoyo para que Sanz del Río lograra nuevos privilegios del Gobierno, en concreto, que fuese nombrado catedrático. No obstante, conocida la meticulosa agresividad de esta revista en su ejercicio de control de la ortodoxia católica de la literatura, es probable que esta recensión aún no fuese muy tenida en consideración ni lograra, por tanto, que los sectores moderados comenzasen a desconfiar de la fidelidad ideológica de Sanz del Río así como de la filosofía que éste seguía y cuya importación habían impulsado ellos mismos diez años antes, la de Krause.

Naturalmente, para que los moderados siguiesen depositando su confianza en la orientación doctrinal de Sanz del Río, éste se preocupaba de disimular públicamente su anticlericalismo y desprecio del tradicionalismo, que ya en aquellas fechas de 1853 era tajante, y lo hacía, sobre todo, cuando había de tratar temas religiosos: mientras en las páginas interiores del *Compendio* se hallaban juicios históricos como los comentados, en la presentación que hacía a las autoridades de la obra y en su prólogo aseguraba la alta consideración que le merecía la religión¹⁴.

Sanz del Río no sólo se privaba de declarar pública y abiertamente sus opiniones sobre la cuestión religiosa, únicamente conocidas por sus amistades progresistas, sino que, además, se cuidaba especialmente de que sus ideas sobre temas de esta índole no levantasen suspicacia alguna, lo cual lograba asegurando permanentemente que la filosofía por él mantenida se conciliaba con la religión y que, asimismo, le reservaba a la Iglesia una función social específica, algo que siempre hacía, naturalmente, sin aclarar

---

¹⁴ Por ejemplo, en el informe que envió al Gobierno para que juzgase si podía ser declarado libro de texto, afirmaba que la historia religiosa es la que «mira a un fin más alto que la [historia] política y la literaria y da por lo tanto el último sentido a toda la vida histórica», de lo que resultaría que, en el conjunto de los estudios sobre distintos objetos históricos, habría de ser la historia religiosa la que «debe presidir a toda la narración, para cumplir el sentido de esta Ley fundamental: *Que tal será el Hombre y el Pueblo en sus fines temporales, como lo fuere en los fines últimos religiosos*»: R. V. ORDEN JIMÉNEZ: ob. cit. *supra* n. 3, p. 184 (de Sanz del Río al Presidente del Consejo de Instrucción Pública, 24-III-1853); el subrayado es de Sanz del Río.

cómo se lograba tal conciliación, pues ella, en realidad, imponía férreas cortapisas al contenido de la fe tradicional, como tampoco explicaba qué función concreta le tenía reservada esa filosofía a la institución eclesial, una mucho más restringida que aquella tenida por la Iglesia hasta ese momento en España.

En tales circunstancias, no cabe extrañar que, desoídas las advertencias del editor de *La Censura*, fuese un gobierno moderado el que accediese en enero de 1854 a nombrar a Sanz del Río catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad Central, y ello bajo unas condiciones notablemente excepcionales, pues ni existía tal asignatura ni se echaba en falta ningún catedrático; el Gobierno lo hizo, solamente, para dar satisfacción a la petición hecha por el propio Sanz de que se le concediese tal cargo¹⁵. Ahora bien, tras la llegada al poder de los progresistas unos meses después de su investidura, en julio de 1854, Sanz del Río confió en convertirse en el mentor ideológico de los nuevos gobernantes, y acudió a sus amistades de este bando para influir en sus decisiones políticas¹⁶ y para que le facilitasen el acceso a determinados organismos públicos, aunque todo ello sin, por otro lado, querer renunciar a la confianza y el apoyo de sus amistades moderadas.

Esta actitud de querer gozar del beneficio de todos los sectores ideológicos se comprueba en una nota inserta en su diario el 9 de junio de 1855: «Póngase el discurso en la Gaceta y en las Novedades y en la Esperanza. - Baralt - Nicolás - Tejada»¹⁷. Sanz del Río se estaba refiriendo en este caso al discurso leído en la Universidad Central para obtener el título de Licenciado en Filosofía, versado, justamente, sobre el asunto que señalábamos que tanto le gustaba tratar para apaciguar los temores de sus amistades moderadas con todo lo procedente de Alemania y, en concreto, con la filosofía que había decidido importar; Sanz del Río disertó ante la comunidad universitaria

¹⁵ Sobre los avatares que condujeron a tal nombramiento, véase R. V. ORDEN JIMÉNEZ: ob. cit. *supra* n. 3. Con menor detalle están relatados estos hechos en R. V. ORDEN JIMÉNEZ: «Los orígenes de la Cátedra de *Historia de la Filosofía*»: *El Basilisco* 28 (2000) 3-16, accesible en internet bajo la dirección: <<http://filosofia.org/rev/bas/bas22801.htm>>.

¹⁶ Una prueba de este deseo inmediato de influir en las decisiones políticas del nuevo gobierno es la carta que remitió a su amigo Revilla los primeros días de agosto, publicada en J. SANZ DEL RÍO: *Cartas inéditas de D. Julián Sanz del Río publicadas por Manuel de la Revilla*, Madrid s.a. [edición situada, habitualmente, en 1874], pp. 80 ss. (carta de Sanz del Río a J. de la Revilla, 5-VIII-1854).

¹⁷ Se trata de una anotación inédita inserta en el legajo conservado en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, «Fondo Institución Libre de Enseñanza - Julián Sanz del Río», bajo la signatura: 101-1572 (nota de Sanz del Río, 9-VI-1855).

«Sobre la armonía de la Filosofía y la Religión»¹⁸. Él confiaba en que esos tres diarios accediesen a publicar su discurso, a saber: el primero, la *Gaceta de Madrid*, esto es, el periódico oficial del Estado, al que tenía acceso gracias a su director, Baralt, muy vinculado con el mundo editorial progresista y cuya amistad mantenía, al menos, desde 1849; el segundo era el diario de máxima difusión nacional y proclive también al progresismo, las *Novedades*, a cuyas páginas pretendía llegar gracias a la intervención de un tal «Nicolás», probablemente, Nicolás María Rivero; y, por último, el diario absolutista *La Esperanza*, al que tenía acceso gracias a su confianza con Santiago de Tejada.

LA PRIMERA POLÉMICA DE SANZ DEL RÍO

Si hasta este momento, la posición política y religiosa de Sanz del Río había sido, en gran medida, una incógnita para la comunidad intelectual capitalina por la prudencia y ambigüedad de sus declaraciones públicas hechas hasta la fecha, al mes de haber dado lectura al texto de licenciatura comentado, iban a quedar al descubierto sus opiniones sobre diversos asuntos sumamente delicados, entre otros, sobre la Iglesia católica y la reforma educativa, ninguna de las cuales serían del agrado de una parte de los que durante tanto tiempo le habían brindado su apoyo. Esto sucedió tras ser contratado por la *Gaceta de Madrid* como folletinista con el encargo de revisar en un artículo mensual titulado «Revista literaria» los hechos científicos y literarios más destacados de Europa y España.

La primera de esas colaboraciones, firmada bajo el acrónimo «J.d.S.R.», fue la correspondiente a junio de 1855, impresa en el número del 2 de julio, la cual arrancaba con una declaración de los principios y fines de semejante tipo de colaboración literaria¹⁹. Ahora bien, si de esa declaración se despren-

---

¹⁸ Recordemos aquí que Sanz del Río era doctor en Derecho civil y canónico, pero no era ni siquiera licenciado en Filosofía, de tal modo que hubo de obtener este título así como el correspondiente de doctor tras su investidura como catedrático de Filosofía. El discurso al que nos referimos pretendemos publicarlo en el libro que estamos concluyendo, «Sanz del Río en la Universidad Central: los años de docencia (1854-1869)».

¹⁹ *Gaceta de Madrid*: N.º 912 (2-VII-1855); sección «Revista literaria del mes de Junio», firmada por «J.d.S.R.». Éstas eran las palabras con las que iniciaba su labor de folletinista en la publicación oficial del Estado: «Órganos de la política contemporánea sobran entre nosotros; pero órganos de la vida literaria faltan casi del todo o poco menos; y sin embargo, esta vida forma hoy un mundo propio con propias tendencias e influencia animadora a su modo sobre las demás (como respectivamente podríamos decir de la vida religiosa, la moral, la economía) y [si] sería necesario un periódico semanal, cuánto más un artículo mensual para sólo revistar los sucesos de este mundo».

día la neutralidad ideológica que le debía caber a un mero periodista de la actualidad cultural europea y nacional, la elección de escritos y los propios comentarios pronto iban a poner al descubierto el perfil doctrinal y las preferencias ideológicas del folletinista. Así sucedió con dos de las reseñas insertas en ese primer número bajo el epígrafe de «Política religiosa» y que iban a ser motivo inmediato de polémica²⁰. La primera reseña fue la del libro del espiritualista francés Bordas Demoulin, *De los poderes constitutivos de la Iglesia*, en el que se proponía que la Iglesia católica aplicase en su administración el sistema democrático que ya se empleaba en el gobierno del Estado, todo ello con el fin de emparejar los mecanismos políticos de ambas instituciones. Para Demoulin, mientras el Estado se había modernizado en los últimos siglos, la Iglesia, en cambio, había permanecido anclada en un régimen medieval, y tal desfase era la causa de los conflictos que entre ambas instituciones se venían sucediendo desde hacía ya mucho tiempo. Esta petición de instaurar el sistema democrático en la administración política de la Iglesia no le resultaba al francés, por otro lado y en palabras del folletinista español, una novedad, pues estimaba que ello no era sino una recuperación de los mecanismos que habían empleado los primeros cristianos en su propio gobierno.

Aunque el recensor parecía limitarse a ofrecer las ideas del autor galo, a nadie se le escapaba que no le disgustaban sino, más bien, todo lo contrario, esto es, que le parecían, al menos, sugerentes, y así se comprobaba, sobre todo, cuando afirmaba que «no le falta verdad histórica» a Bordas en las afirmaciones que hacía, o cuando aplicaba el calificativo de «rémora del progreso» a la Iglesia, o también cuando el clero era hecho responsable de la resistencia de la Iglesia al cambio.

La segunda obra comentada en ese epígrafe fue el *Llamamiento a los cristianos de todas las comuniones*, de la cual omitió Sanz del Río el nombre del autor; se trataba, en realidad, de un destacado pastor protestante francés, Joseph Martin Paschoud.

Notablemente más breve que la reseña anterior, Sanz del Río ofrecía la tesis mantenida en esta otra obra, a saber, «otra cuestión religiosa aún no resuelta», la «de la unión de todas las sociedades cristianas en una Iglesia común, tomando por base aquello en que todos convienen: el amor de Dios en J.C. y el amor del prójimo por J.C.», y renunciando, en tal caso, a aquello que las diferencia, que el comentarista calificaba de principios de segundo rango frente a aquellos otros que promovían su unión, que eran de primero.

---

²⁰ Las reseñas las hemos publicado en el «Apéndice documental» que hemos añadido al artículo citado *supra* n. 10.

Muchas son las circunstancias que permiten calificar de imprudentes semejantes recensiones, y, aún más, cuando, quien las hacía, pretendía estar a bien con los sectores ideológicos más reaccionarios, como era la intención permanente de Sanz del Río. En efecto, no se podían hacer tales declaraciones y, a la vez, pretender recibir el aplauso y apoyo de quienes estaban combatiendo cualquier tipo de reforma de la Iglesia y de las relaciones seculares de ésta con el Estado español. En este caso eran imprudentes por plantear asuntos religiosos tan conflictivos; lo eran también por hacerlo con duros reproches a la institución eclesial; y lo eran, asimismo, por hacerlo en la primera colaboración, justo aquélla en la que iba a perfilarse ante los lectores el carácter ideológico del folletinista. Pero no paraban aquí las razones para calificarlas de imprudentes, pues otras circunstancias propiciaban que lo ahí expresado afectase, además de a Sanz del Río, a las más altas instancias del Estado, en concreto, el momento y el lugar elegidos para plantear tales opiniones: en lo que toca al cuándo, justo unos meses después de haber sido emprendida una nueva desamortización que estaba conduciendo a la ruptura de relaciones entre el Gobierno y la Iglesia; y en lo que se refiere al dónde, en el periódico del Estado, de tal manera que podía considerarse que sus gobernantes estaban promoviendo desde las páginas de un diario oficial opiniones contrarias a la institución católica en unos momentos en los que las relaciones resultaban especialmente tensas y delicadas. De lo que menos estaba necesitado en esos meses el Gobierno era de dar a la Iglesia y a los órganos y medios afines a ella más argumentos para protestar, pero fue precisamente esto lo que hizo Sanz del Río con su primera colaboración en la *Gaceta de Madrid*.

En efecto, la prensa tradicionalista estaba en ese momento al acecho de toda circunstancia, por menor que fuese, para demostrar la persecución política a la que estaban siendo sometidos los católicos, tanto su institución como sus miembros como, asimismo, sus ideas. Recordemos aquí que la Constitución y el Concordato obligaban al Estado a velar por el respeto al catolicismo, y, de incumplirse tal compromiso, el Gobierno que lo regentase se ponía en una situación de ilegalidad, lo cual podía servir a la Reina para disolverlo, tal y como deseaba dicha prensa.

A los dos días de aparecida la «Revista literaria», el diario *La Regeneración* publicaba un editorial cuyo solo título era ya lo suficientemente alarmante: «La *Gaceta de Madrid* se ha convertido al protestantismo»²¹. El editor catalogaba de «propaganda herética» la información ofrecida por el dia-

---

²¹ *La Regeneración. Diario religioso, político y literario*: no hemos localizado este artículo, impreso el 4-VII-1855, pero tenemos conocimiento de su contenido por lo que comenta *La Esperanza. Periódico monárquico*: N.º 3285 (5-VII-1855); sección: «Parte no oficial. Periódicos de la capital».

rio oficial, le reprochaba haber renunciado a «las creencias católicas que le animaban desde su creación, bajo la dinastía austriaca, [y] se ha convertido al protestantismo». Las razones para emitir tal juicio estribaban en los ataques que se hacían a la constitución jerárquica de la Iglesia, la calificación dada a la misma de «rémora del progreso», así como a la propuesta de reunión de las iglesias cristianas a cambio de sacrificar sus diferencias dogmáticas, como si éstas fuesen sólo de índole menor. Para reparar tamaña ofensa, la solución que ofrecían los editores regeneracionistas era la de que los responsables de la *Gaceta* publicasen una rectificación, sin que en todo el editorial se nombrase para nada, por otro lado, al autor del folletín.

Ese mismo día, tras comprobar la repercusión de sus recensiones y con la probable intención de solicitarle que interviniese para aplacar a la prensa tradicionalista, Sanz del Río visitaba a Santiago de Tejada. De la nota sobre este encuentro inserta en su diario se desprende que comentó con el diputado moderado las recensiones, probablemente, para convencerle bien de la ortodoxia de las mismas o bien, en todo caso, de su inocencia en tanto que mero recensor; tras anotar esos comentarios, escribió Sanz del Río lo que sigue: «conservar la amistad de Tejada para casos graves»²². Este breve apunte nos prueba, primero, que él ya se había percatado de que su recensión podía ponerle en una difícil situación con los sectores católicos conservadores, y, segundo, que deseaba impedir una ruptura de relaciones con ellos, para lo que le podía resultar siempre muy útil la amistad de Tejada, a la que había acudido para solucionar, en concreto, este conflicto.

En realidad, a Sanz del Río le cabía en ese momento una fácil solución para mantener sus buenas relaciones con los tradicionalistas, a saber, ofrecer una explicación inmediata de lo sucedido, por ejemplo, que se limitó a transmitir una información cuyas opiniones no necesariamente compartía; tales explicaciones, además, podía darlas en la misma *Gaceta* o en otra revista, incluso en *La Esperanza*, a la que sabemos que tenía acceso, al menos, indirecto, gracias a Tejada. Pero no fue ésta la opción que tomó, probablemente, porque no quería dar su brazo a torcer, y prefirió en su lugar guardar silencio, aprovechando, además, que no era a él a quien se le había solicitado una rectificación tal. Por su parte, los editores de la *Gaceta de Madrid* tampoco estaban dispuestos a ofrecerla, pues ellos estimaban que la recensión estaba firmada y, por tanto, que la única responsabilidad le cabía al que rubricaba el folletín.

---

²² Documento inédito conservado en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, «Fondo Institución Libre de Enseñanza - Julián Sanz del Río», bajo la signatura: 101-1572 (nota de Sanz del Río, 5-VII-1855).

La prensa tradicionalista difundió la denuncia de *La Regeneración*; así lo hicieron, por ejemplo, *La Estrella*, *El Católico* y *La Esperanza*. La prensa progresista, en cambio, aprovechó la ocasión para mofarse de sus colegas neocatólicos, tal y como lo hacían *La Soberanía Nacional*, *Diario democrático* y *La Iberia*²³. Y puesto que los editores de la *Gaceta* seguían empeñados en su silencio, *La Regeneración* insistió en su número del día 8 de julio en solicitar una rectificación, de lo que se hizo también eco la prensa tradicionalista.

Tras comprobar que la polémica no cedía, *La Esperanza*, probablemente tras la intervención de Santiago de Tejada, ofrecía en su número del 13 de julio un editorial que parecía querer mediar en el asunto con el fin de poder finiquitar el enfrentamiento. Los editores de este diario exculpaban de lo sucedido a los responsables editoriales de la *Gaceta*, pues daban en suponer que éstos se habían limitado a publicar un texto ajeno sin someterlo a revisión, un despiste éste al que, en tal caso, cabría limitar su error y cifrar su responsabilidad; y tampoco cargaban contra el folletinista, de quien daban en suponer que, meramente, habría copiado información de una revista extranjera sin hacer las convenientes aclaraciones sobre la opinión que le merecían tales ideas. A tenor de lo dicho, la recomendación hecha desde las páginas de *La Esperanza* era que los responsables editoriales de la *Gaceta* así como el autor hiciesen públicas tales circunstancias exculpatorias y que, a continuación, se diese por concluido el asunto²⁴.

De este artículo se desprende que *La Esperanza* confió en la versión que hubieron de facilitarle sobre la actuación tanto de los editores de la *Gaceta* como de Sanz del Río en este asunto, y se ofrecía en tal caso para solucionar la polémica sin necesidad de humillar a ninguna de las partes enfrentadas, esto es, sin que *La Regeneración* no recibiese, al menos, una respuesta, y sin que los afectados, por otro lado, tuviesen que rectificar. Pero el día 14, *La Regeneración* insistió en su denuncia con otro editorial titulado «Las herejías de la *Gaceta* de Madrid», en el cual ofrecía sus razones para catalogar de heréticas tales ideas y reproducía, a continuación, las polémicas recensiones, en este caso, para que sus propios lectores juzgasen si, en efecto, había razones para sus quejas o no²⁵. La prensa tradicionalista dio cabida en sus pági-

²³ Los distintos editoriales aparecidos en la prensa los hemos reunido en el «Apéndice documental» que hemos añadido a nuestro artículo citado *supra* n. 10. Por tal motivo, sólo ofreceremos en nota la fuente de aquellos editoriales de los que hagamos algún comentario mayor.

²⁴ *La Esperanza*. Periódico monárquico: N.º 3292 (13-VII-1855); artículo editorial sin título.

²⁵ *La Regeneración*. Diario religioso, político y literario: no hemos localizado este artículo del 14-VII-1855, pero sabemos de su aparición por *La Estrella*: N.º 179 (16-VII-1855); sección «Revista de periódicos».

nas a esta nueva petición de rectificación, incluida *La Esperanza*, que se sentía molesta, tras su acción mediadora, con el empecinado silencio de los editores y el folletinista de la *Gaceta*²⁶. En cambio, los diarios progresistas como *La Iberia. Diario liberal de la tarde* o *La Soberanía Nacional*, advertían con sorna a los editores de la *Gaceta* que, de mantener su silencio, podrían terminar en la hoguera inquisitorial.

El diario oficial tuvo, finalmente, que reaccionar, y lo hizo en su número del día 16 con la siguiente nota en su sección no oficial: «En tiempo y lugar oportunos se darán las aclaraciones que personas timoratas parecen desear acerca de algunas palabras contenidas en la REVISTA LITERARIA DE JUNIO que publicó días pasados la GACETA»²⁷.

Son muchas las interpretaciones que cabe dar a semejante nota, tan escueta como imprecisa, pero, en nuestra opinión, lo que sucedía era que los editores seguían sin estar dispuestos a ofrecer disculpa alguna, y que lo que pretendían, para aparentar la mayor normalidad posible, era que el propio Sanz del Río, en el folletín del mes siguiente, ofreciese una respuesta, que nunca sería, como ya se adelantaba, lo solicitado por la prensa tradicionalista, una rectificación, sino unas «aclaraciones»; sólo si las circunstancias apremiaban, se adelantaría entonces la publicación de tales explicaciones, posibilidad ésta que mantenían gracias a no precisar ni el lugar ni el momento en el que aparecerían tales aclaraciones.

La nota no satisfizo a nadie por su parquedad, pero no fue tanto la prensa tradicionalista, que parecía haber decidido esperar a ver publicadas esas aclaraciones²⁸, cuanto un diario de índole unionista que había contribuido en su momento a prestigiar el *Compendio de Historia universal*, el que reaccionó con contundencia ante la nota de la *Gaceta*; nos referimos a *El Diario español político y literario*. En un destacado editorial criticaba el inmovilismo de los editores de la *Gaceta de Madrid* y la ofensa hecha con tales recensiones y ulterior silencio a los católicos españoles, no sólo a los que se situaban entre los tradicionalistas sino, en general, a todos ellos, y solicitaba a tales editores ya no las explicaciones que decían que iban a ofrecer, las cuales llegaban ya demasiado tarde,

²⁶ «LA REGENERACIÓN, no pudiendo arrancar a la *Gaceta* la explicación o retractación del... descuido o lo que sea, por cuya virtud han aparecido en el órgano oficial del gobierno herejías manifiestas, las reproduce y entrega al juicio del público, rogando a toda la prensa católica no pierda de vista este asunto, por la importancia que tiene»: *La Esperanza. Periódico monárquico*: N.º 3294 (16-VII-1855); sección «Parte no Oficial. Periódicos de la capital».

²⁷ *Gaceta de Madrid*: N.º 925 (15-VII-1855); sección «Parte no oficial».

²⁸ Así se comprueba en la nota publicada por *El Católico. Periódico religioso y monárquico*: N.º 4928 (16-VII-1855); artículo editorial sin título.

cuanto «una franca y explícita *retractación*, que es lo único que en ciertas ocasiones cabe y exigen respetos y deberes nunca impunemente desconocidos».

Pero este diario introducía una novedad en la polémica, y era que culpaba de las desafortunadas recensiones al autor del folletín, y no paraba aquí, sino que ponía a éste en una situación comprometida al solicitar que fuese confirmado o desmentido que la persona que se hallaba tras el acrónimo de la firma era, de acuerdo con los rumores que circulaban por Madrid, un docente de la Universidad Central, pues, de ser así, el peligro estaba ya no tanto en las recensiones cuanto en los contenidos heréticos que semejante catedrático podría estar impartiendo en sus clases, lo que exigiría entonces una intervención inmediata del Gobierno²⁹.

No obstante, ni este duro editorial de un diario más mesurado movió a editores y folletinista a publicar una respuesta antes de lo que, probablemente, habían acordado, esperar al próximo número de la «Revista literaria», que aparecería en los primeros días de agosto.

Si bien a la prensa denunciante no parecía caberle por el momento otra posibilidad que la de esperar esas aclaraciones, con lo que no contaban los responsables de la «Revista literaria» era con lo que pronto iba a suceder y que elevaba cualitativamente la gravedad de la polémica, porque en ella serían implicadas las más altas instancias del Estado. Esto sucedió a raíz de la intervención de dos destacados prelados de la Iglesia, que convertía lo que hasta ese momento había sido una mera polémica de prensa en un asunto de Estado. Al Ministro de Gracia y Justicia, responsable de las cuestiones religiosas, le llegó una misiva del Obispo de Zamora con fecha del 21 de julio, esto es, seis días después de haberse comprometido la *Gaceta* a dar unas aclaraciones que aún no habían aparecido, mientras que la Reina recibía otra del 23 firmada por el Obispo de Barcelona desde su exilio en Cartagena.

La Regeneración aprovechó la ocasión de esas cartas para reabrir la polémica: en su número del 31 de julio publicaba un nuevo editorial bajo el título de «Consecuencias de las herejías», en el que, a continuación de una serie de comentarios propios, insertaba la carta del Obispo de Barcelona³⁰. Según

---

²⁹ «Bueno será que se reconozca la conveniencia de hacer extensivas esas explicaciones al punto de esclarecer lo que haya de cierto en la opinión generalmente extendida de que las iniciales con que aparece suscrito el artículo, responden al nombre de un catedrático de filosofía de la Universidad Central, porque en ese caso la importancia de aquellas palabras sería mucho mayor, y mayor también la responsabilidad imputable al Gobierno de haberlas tolerado»: *El Diario español político y literario*: N.º 953 (17-VII-1855); artículo editorial sin título.

³⁰ *La Regeneración. Diario religioso, político y literario*: N.º 110 (31-VII-1855); artículo editorial titulado «Consecuencias de las herejías de la *Gaceta*».

argumentaban sus editorialistas, puesto que la ley conminaba al Gobierno a intervenir en el caso de publicación herética, la denuncia hecha ahora por alguien capacitado oficialmente por la Iglesia para hacer estimaciones de este tipo, no ya un periódico cuanto un prelado, obligaba a las autoridades del Estado a intervenir. El Obispo argumentaba en su escrito con sumo detalle por qué las ideas del francés Demoulin carecían de aval teológico; así, por ejemplo, respondía que no podía mantenerse que la Iglesia hubiese de adaptar su régimen político a aquél que emplease el Estado donde se hallase, ya que ello supondría que se regiría en cada país del mundo de un modo distinto, cuando ella era una institución autónoma que tenía una forma peculiar de gobierno, la forma que le venía dictada por los contenidos de su fe.

Ahora bien, tras probar la debilidad y el sinsentido de las ideas y razones ofrecidas por los autores franceses, el Obispo pasaba a condenar lo que estimaba propiamente denunciabile, a saber, que tales ideas hubiesen sido expuestas en un diario oficial sin comentario reprobatorio alguno por parte del folletinista; el prelado catalán decía sentir que «el ilustrado escritor de la revista siga a esos utopistas o visionarios que en otros países abundan más que en el nuestro en daño de la religión», y lamentaba, por tanto, tener que «ver a un español católico metido en un laberinto de mal salida». Tras todo lo dicho, el Obispo concluía su misiva solicitando a la Reina que interviniese imponiendo un «correctivo eficaz» para salvaguardar el derecho, en este caso, el que establecía la Constitución, el Concordato y las leyes, que prohíben «actos públicos contrarios a la religión, [y] actos son, y públicos, los mencionados escritos», añadiendo, además, que la misma monarquía estaba en peligro si se toleraban ataques a la Iglesia católica de esa índole, pues, como ya había podido comprobar la Europa revolucionaria, la religión es un pilar fundamental de la cohesión social: «la rehabilitación del sentimiento religioso», le exponía a la Reina, «es hoy reputada por los hombres pensadores como una necesidad social y política», y sólo algunos países seguían en esos momentos sufriendo el «malhadado filosofismo o fanatismo de la razón».

No tardaron otros periódicos en comentar y publicar íntegra una carta tan enjundiosa, tal como hicieron, por ejemplo, *La Estrella*, *La Esperanza* y *El Católico*. Por su parte, *La Esperanza*, en su número del 1 de agosto, fue el primero diario capitalino que dio a conocer la carta del Obispo de Zamora, algo más breve y comedida que la del colega catalán³¹, aunque esta revista, a diferencia de lo que hizo *La Regeneración* con su carta, no añadía comentario propio

---

³¹ *La Esperanza. Periódico monárquico*: N.º 3307 (1-VIII-1855); artículo «Exposición del Illmo. Sr. Obispo de Zamora».

alguno. El de Zamora no se entretenía en desautorizar con detalle las opiniones plasmadas en las recensiones cuanto en lamentar la permisibilidad del Gobierno con las opiniones heréticas vertidas en el folletín motivo de la polémica, y solicitaba al Ministro que interviniese para lograr que en la *Gaceta* «se publicaran las rectificaciones y explicaciones conducentes a reparar el escándalo».

Por su lado, la prensa progresista seguía sin dar apenas pábulo al asunto más allá de breves comentarios burlones. *La Iberia*, con la ironía habitual empleada cuando informaba de esta polémica, expresaba su sorpresa por la facilidad que tenían los Obispos para opinar de cualquier asunto, burla que repitió por su parte *La Soberanía Nacional*.

Finalmente, el día 3 de agosto incluyó la *Gaceta de Madrid* en su número de ese día la «Revista literaria del mes de julio», a continuación de la cual aparecía una «Advertencia» firmada por el autor con su nombre íntegro, «Julián Sanz del Río». En ella se ofrecían las tan esperadas explicaciones, las cuales resultaron, sin embargo, muy cicateras, además de muy rebuscadas, pues Sanz del Río aseguraba, haciendo una interpretación poco convincente de una de sus frases, que en la propia recensión ya había advertido del peligro, sobre todo, de la primera publicación, la de Demoulin³²; y puesto que así era, entendía ahora que no tenía que condenar de nuevo lo mismo, de modo que dejó sus explicaciones sin una declaración expresa sobre lo que le suscitaban tales ideas. Asimismo, aducía a su favor unas palabras extraídas de aquel editorial conciliatorio de *La Esperanza*, y lo único que realmente aportaba era una declaración cuya ambigüedad sólo le sería practicable a un fino jurista: Sanz del Río aseguraba que no «desconocía la jerarquía fundamental de la Iglesia», queriendo con ello que se entendiese que la respetaba, pero que un avezado lector, en cambio, sabría entender en la literalidad del verbo «desconocer», esto es, que, a lo que se limitaba era, meramente, a declarar que tenía conocimiento de ella. Lo único que Sanz del Río afirmaba con rotundidad era que veneraba lo mismo que la Iglesia, aunque también aquí sin precisar exactamente el qué, lo cual cabe pensar que sería, muy probablemente, la figura de Jesucristo, en cuyo caso se trataría de una nueva prueba de su maestría con la ambigüedad, pues esto es algo en lo que coinciden todos los cristianos³³.

---

³² Así lo señala: «advertimos, hacia el fin [de la recensión de la segunda obra], que con la primera [a saber, la de Demoulin] tiene tendencia análoga, aunque del todo inocente y piadoso, la segunda, indicando así que la primera no es del todo inocente ni piadosa»: *Gaceta de Madrid*: N.º 944 (3-VIII-1855); «Advertencia» anexada a la sección «Revista literaria del mes de Julio» y firmada por «Julián Sanz del Río».

³³ Éste es el texto en cuestión: «Así lo ha pensado bien un periódico [a saber, *La Esperanza*], no creyendo que hayamos tenido formal designio de hacer prevalecer las palabras censuradas por otro

Pero no quedaron ahí sus explicaciones, sino que concluyó su «Advertencia» arrogándose el verdadero espíritu cristiano para desposeerlo del mismo a sus críticos: «Esto basta aquí para que el buen fin, para la justa defensa y porque no nos permite más la caridad cristiana ni debemos dar en nosotros el ejemplo de la que en otros y todos quisiéramos ver desterrado».

Los primeros implicados en toda esta polémica que tuvieron conocimiento de la respuesta hubieron de ser los propios editores de la *Gaceta*, quienes, una vez leído el borrador entregado para la imprenta, no se debieron de sentir muy satisfechos con la aclaración redactada por su folletinista y tomaron entonces la decisión de actuar por su cuenta, dejando al margen al propio periódico oficial. El mismo día que daban salida a la publicación de la «Advertencia», ofrecían su propia opinión sobre el asunto en una aclaración inserta en la revista de máxima difusión nacional, *Las Novedades*³⁴. En ella reconocían la parte de culpa que les cabía, el no haber leído y censurado previamente el folletín, lo que era un reconocimiento tácito de que no deberían haber tolerado la publicación de tales recensiones; asimismo, justificaban su demora en dar una respuesta porque esperaron a que la diese quien le correspondía, el autor del folletín; y de éste decían, por último, que, aun siendo una «persona de reconocido talento», sin embargo, «su larga permanencia en Alemania ha inspirado sin duda esas ideas, censuradas por el episcopado español», lo cual no era sino otra forma de desmentir lo que ese mismo día había declarado Sanz del Río en la propia *Gaceta de Madrid*, esto es, ellos ratificaban lo que la prensa tradicionalista sospechaba y de lo que el folletinista quería convencerles que no había razones para ello, que Sanz del Río compartía las ideas expresadas en los libros comentados.

Con esta aclaración, los editores de la *Gaceta de Madrid* pretendían quedar al margen del curso que en el futuro pudiese tomar la polémica por las aclaraciones tan insatisfactorias redactadas por su colaborador. Pero la prensa tradicionalista, aun reconociendo que no quedaba contenta con la respuesta dada, dio por concluido el asunto, como hizo, por ejemplo, *La Estrella*, que aclaraba que «la satisfacción [de una rectificación] no ha sido muy cumplida»³⁵. Sólo *La Esperanza* se mostró satisfecha con las aclaraciones, en una

---

periódico [esto es, *La Regeneración*], que, arrancando frases aisladas de nuestro relato, sin el correctivo antedicho, e interpretando a su modo algunas alusiones históricas a la Monarquía eclesiástico-política de la Edad media, condena de ligero nuestra intención, de ninguna manera encaminada a desconocer la jerarquía fundamental de la Iglesia, ni los objetos que ella venera y todos con ella veneramos»: véase la nota anterior.

³⁴ *Las Novedades*: N.º 2018 (3-VIII-1855); artículo editorial.

³⁵ *La Estrella*: N.º 193 (4-VIII-1855); artículo editorial en la «Sección política».

prueba más de su apoyo a Sanz del Ríó, si bien también ella había ser cauta ante el imprevisto curso que aún pudiese mantener la polémica, y aclaraba en tal caso que el juicio que ahora emitía estaba a la espera de lo que declarasen los prelados implicados en el asunto³⁶.

Cuando la prensa tradicionalista parecía dar por concluida la polémica, Sanz del Ríó, en cambio, decidía pasar a la ofensiva. El 6 de agosto, el folletínista ofendido envió un escrito a la Reina en el que daba respuesta a la carta del Obispo de Barcelona, a quien acusaba de mentir y haber manipulado su texto para atribuirle opiniones que no había expresado³⁷. Y no se mostraba tampoco comedido cuando era cuestión de juzgar a la institución eclesial, pues le recordaba a la Reina que esa Iglesia católica que tan maltratada se sentía ahora por el Estado español, era, en realidad, la que históricamente había mantenido una actitud irrespetuosa para con éste: «Respecto a nuestra católica España», le escribía a la Reina como desahogo de un anticlericalismo reforzado, muy probablemente, en esos días, «está esta historia llena de abusos, desafueros, exacciones pecuniarias, injustas de la Curia Romana respecto al Estado». Sanz del Ríó concluía su misiva solicitando a la Reina que mandase callar al Obispo y que, en todo caso, lo conminase a que presentase esa denuncia por presuntas declaraciones heréticas allí donde legalmente conviene, no en la prensa sino en los tribunales, pues de lo contrario se vería él en su derecho de sentar en esos mismos tribunales al prelado por «falsas alegaciones».

Si en su carta sólo amenazaba al Obispo con someterlo al veredicto de la justicia, con quienes sí llevó a efecto tal acto fueron los editores de *La Regeneración*, a quienes denunció por acusación indebida de herejía, celebrándose un juicio de conciliación la segunda semana de julio. Aunque la reunión resultó tensa por ambas partes, pues Sanz del Ríó pedía una rectificación que los editores de *La Regeneración* no estaban dispuestos a conceder, se acordó un texto que éstos publicaron, finalmente, en el número del 13 de agosto³⁸ y en el que declaraban que nunca quisieron atacar a Sanz del Ríó sino que «sus censuras en este punto se han referido sólo al gobierno», lo cual era una solu-

³⁶ *La Esperanza. Periódico monárquico*: N.º 3309 (3-VIII-1855); artículo editorial sin título.

³⁷ El hecho de este envío se desprende de los documentos conservados en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, «Fondo Institución Libre de Enseñanza - Julián Sanz del Ríó», bajo la signatura: 110-1663-3. No entramos aquí en comentar la datación de estos documentos y lo que nos lleva a considerar que, en efecto, es muy probable que semejante escrito fuese enviado a la Reina; sobre ello, véase nuestro artículo citado *supra* n. 10.

³⁸ *La Regeneración. Diario religioso, político y literario*: N.º 121 (13-VIII-1855); artículo editorial titulado «Juicio de Conciliación».

ción bien curiosa, pues Sanz del Río acordaba con los editores una declaración de su inocencia sin preocuparle dejar en entredicho al Gobierno que estaba brindándole su propia revista para divulgar unas ideas que tantos quebraderos innecesarios le había generado.

Aquí concluyó la polémica, aunque el Obispo de Barcelona envió a la Reina otra carta en la que volvía a tocar este asunto. Firmada el 24 de agosto y publicada por la prensa en los primeros días de septiembre, en concreto, por *La Esperanza* y *El Católico*³⁹, en ella expresaba el prelado catalán su malestar por la proliferación de declaraciones heréticas y ataques irrespetuosos contra el Pontífice, algo a lo que contribuía el propio Gobierno por su impasibilidad ante las mismas, y le recordaba a la Reina que esta tolerancia gubernamental había quedado probada con el polémico folletín de la *Gaceta*, pues el Gobierno se había dado por satisfecho con las incompletas explicaciones de su folletinista.

Sanz del Río, por su parte, mantuvo su colaboración en la *Gaceta de Madrid* hasta la «Revista literaria» publicada en marzo de 1856, poco antes del desalojo de los progresistas del poder. En sus futuras recensiones sería patente su mayor comedimiento cuando trataba asuntos religiosos, hasta que se le brindó una nueva ocasión para atacar a quienes pocos meses antes le habían dado tantos disgustos, a saber, la condena hecha por el Obispo de París del irracionalismo defendido por los pensadores tradicionalistas⁴⁰.

DE LA POLÉMICA DE LA «REVISTA LITERARIA» A LA DEL DISCURSO DE APERTURA

No tenemos noticia de que esta otra recensión diese lugar a una nueva polémica, quizás porque ahora la prensa afectada no tenía tan de su parte a la institución eclesial; pero no cabe duda de que esa prensa y los sectores a ella allegados hubieron de tomar nueva nota de las opiniones que Sanz del Río seguía vertiendo en la «Revista literaria».

A raíz de la polémica señalada y, en general, de todas estas colaboraciones de Sanz del Río en la *Gaceta de Madrid*, sólo la parte más puritana del moderantismo, aquella que se integró en la Unión Liberal, le mantuvo al catedrático de la Universidad Central su apoyo, mientras que se lo retiraron los tradicionalistas y el moderantismo más severo; éstos, además, habían

³⁹ *La Esperanza. Periódico monárquico*: N.º 3307 (7-IX-1855); artículo «Exposición del Excmo. e Illmo. Sr. Obispo de Barcelona a S. M. la Reina».

⁴⁰ *Gaceta de Madrid*: N.º 1134 (11-II-1855); sección «Revista literaria del mes de enero».

dejado ya de leer las declaraciones de Sanz del Río con la misma candidez que hasta entonces, y no estaban dispuestos a seguir tolerando tanta declaración ambigua.

Sanz del Río, sin embargo, no quiso renunciar al apoyo de éstos e hizo importantes esfuerzos para seguir disfrutando de su favor, sobre todo, a partir de que los moderados accediesen de nuevo al poder en 1856. Con tal fin, por ejemplo, insertó anuncios de los nuevos volúmenes del *Compendio de Historia universal* en *La Esperanza*, y poco antes de dar lectura al discurso de 1857, cuando planeaba con Laverde lanzar una revista de filosofía, ambos acordaron que en el correspondiente prospecto anunciador reinase «mucha circunspección, completa neutralidad, nada que hiera la susceptibilidad de los neo-Católicos, algunos de los cuales han de sonar en el prospecto»⁴¹. Pero esta actitud conciliatoria llegaba ya demasiado tarde, y aunque fue la que inspiró el modo como redactó el polémico discurso de 1857, de nada le sirvió ante quienes habían decidido hacía tiempo no seguir permaneciendo impasibles ante unas ideas que estimaban peligrosas ni ante quien hasta ahora había venido divulgándolas sin apenas discusión.

---

⁴¹ Las palabras citadas proceden de la carta de Laverde, pero es evidente por el contexto que la propuesta conciliatoria procedía del propio Sanz del Río: R. ALBARES ALBARES; J. EGOZCUE: «Epistolario de Gumersindo Laverde Ruiz y Julián Sanz del Río»: *La Ciudad de Dios*, 207 (1994) 419-494, p. 447 (carta de Laverde a Sanz del Río, 31-VIII-1857).